

el asiento principal, que debió permanecer vacío, ¡estaba ocupado! Era inútil preguntar”.

Jorge Onfray ha encubierto en la figura de personajes que se adivinan un caudal de vivencias. Los diálogos, tan sólo insinuados, consiguen ir asentando los naipes de un tremendo castillo, que se viene abajo de un simple manotazo. Tal puede ser la vida de algunos personajes.

Su prosa es de gran pulcritud, sin concesiones de mal gusto. Y el tema, caótico en apariencia, como el pensar que brota a intermitencias en el cerebro de un hombre acosado por diversas solicitudes, va dando en plurales blancos. He ahí uno de sus muchos méritos, que hacen pensar en las posibilidades de un escritor dotado de una flexible vena humorística.—*Vicente Mengod.*

■

“SITUACIÓN DE LA ANGUSTIA”, poemas de *Pablo García*

Conocido también como ensayista de honda estirpe y como cuentista de atrevida búsqueda, el poeta del sur, Pablo García, trae ahora un mensaje por donde los elementos dispersos de variadas influencias se confabulan en unidad que lo entronca a la corriente existencialista. Desde los textos bíblicos hasta Rilke; desde su preocupación por el devenir y el problema de la nada y el tiempo, a través de preferencias literarias y filosóficas muy evidentes, García busca, en un interrogarse permanente de su destino, la raíz, causa, origen, fin de lo que en su libro último constituye el hilo conductor de su hacer lírico: la angustia. Su mundo poético que va de los años 1949 al 52 está signado por el sino irremediable de un círculo sin salida. Poesía en cerrazón la suya, en cuyo centro, como un astro, la muerte oficia en cada uno de los estados de angustia que el poeta ausculta en el *diario morir*. Pero no se crea que Pablo García practica una poética adobada en meras influencias sino que ella alcanza una digna tonalidad personal al contacto de una lúcida información filosófica. Ha

sabido el autor identificar sus lecturas con la situación de su angustia. Junto a esta lid que no ha debido ser fácil en su interrogar metafísico, al poeta se le impone la necesidad de sentir la presencia de ese principio que todo lo crea, el soplo indecible de lo absoluto. Tal vez logra su mejor poema en esa *Letanía disciplinaria* de más decantada factura y donde el poeta aspira al conocimiento del todo:

*Oh pequeño angel mudo, oh rey ciego,
sopla en mi oído. Tú que eres el sin edad,
tú que puedes volver noche a la noche
y día al día, sopla en mi oído.*

*Tú que cortas las horas, que las humillas,
que dislocas lo eterno, sopla en mi oído.
Tú que sabes el secreto del tiempo,
tú que conoces el rodar de las edades,
tú que resbalas de un sueño a otro,
sopla en mi oído.*

.....

La muerte como tema e inspiración de nuestra literatura chilena encuentra también en García a un serio y no sólo metafórico hurgador de sus predios. Tal vez se entronque en esta visión funeraria con la poética de Humberto Díaz Casanueva y Rosamel del Valle. Poesía la suya para ser objetada desde un punto de vista sectario, que felizmente no es el nuestro. Sin embargo, ella lleva en su nuez una carga suficiente de verdad para que sea digna de un más detenido estudio.

En una hora en que se reclama por una poética comprometida con el *hombre vivo*, no este ente en descomposición, no este ser que tiene conciencia de sus estados de angustia y que gira en un torbellino hacia la nada, sin duda que la poesía de Pablo García le traerá juicios hostiles. Lo que ha de interesar por sobre todas las cosas es el mensaje personal que nos trae, pues entre nuestros escritores jóvenes se ha demostrado como un talento alerta ante los problemas

literarios. Lo original de su obra está en estas breves características de un estilo que se aleja a pasos agigantados de lo que no es esencial, de todo barroquismo o engolillamiento poético. Es por ello que su poesía tiene mucho de lo coloquial, aunque un afán de definir lo terrible le quema los labios.

Alguna vez hemos comentado que la poética actual trae en sus alforjas los mismos dilemas de un período crítico tan arduo en incógnitas: la encrucijada de la Edad Media con el Renacimiento. La idea de la muerte, la danza irremediable, la presencia fatídica, la duda en lo absoluto, la necesidad de un renacimiento del hombre y su destino en la tierra, el problema de la fe, toda la problemática de una cultura, se agolpan de pronto en este afán de algunos escritores chilenos que trabajan con dignidad. Tal lo hace Pablo García.

¿No se hace imperioso recordar ahora que esta falta de fe que ha caracterizado a más de alguna generación moderna no es sino la falta de fe en el hombre? La respuesta la está dando una filosofía que, superando en sí la crisis de los valores morales, afirma su creencia en la humanidad. La nada, la negra cámara sin salida, en obras de algunos pensadores contemporáneos pierde la significación que las corrientes extremas del existencialismo habían elevado a categoría de sistema. Y sólo en una posición dialógica del hombre con el hombre, como lo pide Martín Buber (*¿Qué es el hombre?*), la humanidad ha de alcanzar su sed de absoluto.

El libro de Pablo García ha tenido la virtud de suscitar nos otra vez estos problemas que, sin lugar a dudas, han de despertarse todavía en otros de sus enjuiciadores.—*Luis Droguett Alfaro.*

■

“EL MAR TRAJÓ MI SANGRE”, de *Alberto Ried*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1956

No hace mucho tiempo, hojeando uno de los números de la revista de “Los Diez”, nos encontramos con un dibujo a pluma de Alberto Ried. Se trataba, si nuestra memoria no se confunde, de unas